

16 Marzo 77

18922
LA ESCALA

DEL CRÍMEN,

MELODRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, EN PROSA,

POR LOS SEÑORES

DON RAFAEL MARIA LIERN

Y

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

1239
MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.—CALVARIO, 48.

1877.

SS-6a

LA ESCALA DEL CRÍMEN.

José Rodríguez

LA ESCALA DEL CRÍMEN,

MELODRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, EN PROSA,

POR LOS SEÑORES

DON RAFAEL MARIA LIERN

Y

DON AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

NOTA.

—

El argumento de esta obra, modificado en gran parte por las exigencias de nuestro teatro, está tomado de una obra francesa.

La propiedad de este melodrama pertenece exclusivamente á D. Augusto Mádan y García, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reg. de Prop. Lib. 28

TÍTULOS DE LOS CUADROS.

CUADRO	1.º.....	LA OCIOSIDAD.
»	2.º.....	LAS MUJERES.
»	3.º.....	EL JUEGO.
»	4.º.....	EL ROBO.
»	5.ª.....	EL ASESINATO.
»	6.º.....	EL CADALSO.

La escena en Madrid y época actual.

PERSONAJES.

JULIO.

MIGUEL.

FERNANDO.

CÁRLOS.

FRANCISCO.

BLAS.

ANTONIO.

JOSÉ, criado.

LUISA.

JULIANA.

CAROLINA.

LEONOR.

PEPITA.

UN CRIADO.

UN BANQUERO.

UN MOZO.

UN JUGADOR.

OTRO IDEM.

UN AGENTE DE POLICÍA.

UN INSPECTOR.

Hombres, mujeres, soldados, jugadores, etc., etc.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA OCIOSIDAD.

El teatro representa un comedor elegantemente amueblado.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, FERNANDO, CÁRLOS y VARIOS AMIGOS.

Al levantarse el telon, Julio y sus amigos sentados alrededor de una mesa, servida con profusion, beben.

JULIO. Venga otro vaso para ponernos en voz! (Beben y reparte á los compañeros.) Bebamos aún más de esa espuma centelleante que nos inspira tanta locura!

CÁRLOS. ¡Qué dichoso eres, amigo Julio! Verte dueño de tí mismo á los veinte años y poseedor de una fortuna inmensa. Dicen que tu padre era millonario!

- FERN. Eso es muy cierto; pero no lo es ménos que Julio ha sabido aprovechar su fortuna. Desde hace seis meses, qué vida tan agitada! Pobre padre! qué dijera si pudiese ver la trasformación que se ha verificado en su hijo!
- JULIO. Mira, Fernando, te suplico que me hables de cosas más halagüeñas. Tus reflexiones me oscurecen las ideas.
- FERN. En efecto, tienes razon. Hablemos de nuestras queridas!
- JULIO. Á lo ménos eso es más tolerable. ¡Qué alegres! qué hechiceras se nos presentan cuando las enviamos diamantes y cachemiras. La mía me quiere demasiado; su cariño á veces me espanta.
- FERN. Te refieres sin duda á Edelmira.
- CARLOS. Ah! Sí, á esa viuda que no se ha casado nunca. Á juzgar por el calor con que la nombras, sigue siendo tu sultana favorita...
- JULIO. Te engañas; ya hace algun tiempo que le sopla la desgracia; estoy buscándola una digna sucesora.
- CARLOS. Bravo! Así concibo yo las grandes pasiones. Conviene entregarse, pero sólo la primera semana.
- FERN. Y podremos saber quién es tu señora?
- JULIO. Eres demasiado curioso, Fernando. Á su tiempo la conocerás.
- CARLOS. Vamos, comprendo. Quieres completar su educacion ántes de darla á conocer! Alabo tu buen juicio.
- JULIO. Has acertado. Tiene diez y seis años, es bella como una flor y discreta como pocas.
- FERN. Quizás con tantos encantos logre reducirte! Y en dónde has desenterrado esa joya?
- JULIO. En un colegio! Me encontré en él por casualidad, como me hallo en todas partes: bostezando lo mismo que ahora y que casi siempre. De pronto una voz celestial, uno de esos acentos divinos, me sacaron de mi letargo. Empecé á orientarme, reflexionando de dónde saldría, porque te lo confieso, Carlos, aquella voz habia vibrado en mi alma. Tomo los quevedos y me encuentro el rostro más encantador, el talle más esbelto que pudiera apetecer en mis sueños de amor. En fin, por la primera vez

desde que existo, me hallé transformado; aplaudí á mi cantatriz como si estuviera pagado para ello. Al salir procuré un medio de acercarme á ella y apretarle dulcemente la mano. Iba ya á darle una cita, cuando se me aparece una especie de madre, un cancerbero completo, que me arrebató á mi encantadora sílfide, destruyendo mis planes y sacándome bruscamente del éxtasis que me inspiraba aquella contemplacion!

CARLOS. De modo que hasta allí llegó tu conquista.

JULIO. Ya de esto hará quince dias; pero esta mañana el recuerdo de aquella niña me volvió á la imaginacion, y deseando aprovechar el tiempo, encargué á una amiga que tomase informes; esto la será fácil...

CARLOS. Pues entónces puedes contar con un éxito.

JULIO. Así lo presumo. Una virtud de concierto no se conserva mucho tiempo.

CARLOS. Bebamos por el triunfo de tus nuevos amores.

FERN. Sí, sí, bebamos.

JULIO. Y cantemos tambien: ah! Señores, me olvidaba de comunicaros una importante noticia. Espero hoy la visita de un personaje singular, de una especie poco abundante en nuestros tiempos, que nos dará á destajo lecciones de moral: os lo entrego, compañeros; tratad de desarrugar su frente pálida y sombría, lo que no es, por cierto, fácil empresa.

CARLOS. Creo haber visto el original de tu retrato: no se llama Miguel?

JULIO. Sí; generalmente le apellidan todos el hombre negro, el hombre de los sermones.

CARLOS. Se le encuentra en todas partes; me hace á mí el efecto de uno de esos observadores, cuyo estado le salva de sus indiscreciones.

JULIO. Eso mismo presumía yo; pero aseguran que no es ese su empleo.

CARLOS. Y qué relaciones te ligan á semejante individuo?

JULIO. Te las voy á explicar. Tenía depositada cierta suma en las arcas de mi padre, devengando por ellas un rédito

razonable. Yo ya no me acordaba de tal circunstancia, cuando ayer recibo una carta suya, en la que me anuncia que hoy pasará á recoger sus fondos. Esto me contraría bastante, porque os confieso que su presencia me produce una sensacion desagradable, por más que no me la explico.

FERN. Tranquilízate por hoy; nos comprometemos á hacerle reir en cuanto se presente.

CARLOS. Por qué no le mandas á tu antiguo dependiente Francisco, que es tan original tambien? Harían una pareja magnífica.

JULIO. En cuanto á Francisco, le perdono que no se muestre más alegre. Cuando se tiene un origen tan oscuro como el suyo... Es un secreto que mi padre me confió al morir, y que fuera indiscreto revelar. Cumpliré la manda de mil escudos que á su favor testó mi padre, le desearé muy buena suerte y romperé para siempre mis relaciones con él.

CARLOS. Mil escudos á un dependiente! Vaya una manía la de tu padre de repartir sus ochavos á diestra y siniestra! Bien podía haberlos empleado mejor, jugando al ecarté ó á las treinta y una, por ejemplo.

FERN. Ó en los pasillos de los teatros con esas niñas que tan sensibles se muestran al atractivo de la seda y de las joyas.

CARLOS. Qué quieres, José?

ESCENA II.

DICHOS y JOSÉ.

JOSE. Señorito, un caballero que dice llamarse don Miguel desea hablar con usted.

CARLOS. El hombre negro! Tanto mejor.

JULIO. Hazle entrar. Recordad, señores, la palabra empeñada; si nos perora, con vosotros cuento, no lo olvideis.

ESCENA III.

DICHOS y MIGUEL.

- MIGUEL. Muy bien; la misma ocupacion de siempre; la ociosidad! Por ella se empieza!
- JULIO. Y por ella tambien espero acabar. Es tan grata la ociosidad!
- MIGUEL. Sin embargo, es la madre...
- JULIO. De todos los vicios, rancio proverbio que nadie desconoce.
- MIGUEL. Y que no obstante á nadie aprovecha.
- JULIO. Una silla á don Miguel. Asi podrás filosofar más cómodamente. Vamos, colóquese usted en el sitio presidencial y acepte un vaso, que sus sentencias rociadas con champaña nos producirán de seguro más efecto.
- MIGUEL. Agradezco el brindis, pero no lo acepto; no puedo permanecer más que contados instantes en vuestra compañía.
- CARLOS. Por lo ménos, santifique, señor don Miguel, con un vaso, nuestra espontánea conversion.
- MIGUEL. No tomo vino.
- CARLOS. Hace usted mal; los perdidos solamente beben agua.
- MIGUEL. (Á Julio.) Ya sabe usted el motivo de mi visita; le suplico que me despache cuanto ántes.
- CARLOS. Cómo? Tan pronto nos deja usted?
- MIGUEL. Vamos, comprendo, quereis que os sirva de payaso.— Sabed que no es ese mi oficio.
- JULIO. Interpreta usted torcidamente nuestra intencion.
- FERN. Es la verdad: por mi parte habia oido decir, no recuerdo dónde, que digno émulo de Lavater, le bastaba á usted mirar el semblante de una persona para adivinar en seguida sus inclinaciones, para leer descubiertamente en su corazon. Aquí tiene usted á una gavilla de incrédulos que desearian someter á una prueba tales conocimientos.
- MIGUEL. Pues bien, señores, si tanto empeño demostrais en ello,

trataré de satisfacer vuestros deseos.

CARLOS. No mentía Julio al asegurarnos que era usted un esquisito modelo de cortesía. ¡Cuánto le vamos á deber, don Miguel!

MIGUEL. No lo supongo así; pero como quiera que sea, no creeré haber malgastado mi tiempo por completo, si mis reflexiones, resonando en lo íntimo de vuestros corazones, os deciden á echar una ojeada retrospectiva á vuestro pasado, induciéndoos á leer con fria calma en el porvenir.

FERN. Hable usted, que le escuchamos impacientes.

MIGUEL. Principiaré, ya que tanto anhelaís oirme, por usted mismo, don Fernando, cuyo semblante es tan dulce; la rubicundez súbita que con frecuencia colora sus facciones, podría creerse el resultado de un púdico rubor si no tuviese origen en el vino que tanto adora usted, y en la buena suerte que le acompaña en el ecarté. Pero no se descuide... los reyes que con tanta dicha vuelve, podrían excitar la envidia... Y si la suerte se volviese en contra podría llevarle muy léjos!

FERN. No le comprendo.

MIGUEL. Ya me entenderá usted.

CARLOS. Á mi vez, vamos á ver si tengo la suerte de comprenderle.

MIGUEL. Es usted un jóven elegante de primera tijera, don Carlos; nunca desaparece la risa de su labio, siempre guarda finas expresiones... para sus acreedores. Se admiran con razon los profundos conocimientos de usted... cuando se trata de cortar un chaleco ó se discute la forma de un pantalon; cítanse sus brillantes conquistas de bastidores. Hasta aquí no hallo gran daño, y sólo preveo un fin lastimoso en el hospital. Pero si por casualidad le aconteciere á usted de equivocar su nombre al firmar una letra de cambio, podría fácilmente verse obligado á salir de España, dirigiéndose á Marruecos, con escala forzosa en Ceuta!

CARLOS. Don Miguel, se aventura usted demasiado al hacer se-

mejante acusacion.

MIGUEL. Pongo al tiempo por testigo.

CARLOS. Le aseguro que está en un error.

MIGUEL. Quereis que continúe, señores? Mi ciencia está á vuestra disposicion, y si dudais aún, hablad.

FERN. Vale un potosí don Miguel. Es imposible mistificar con más gracia, pero tememos abusar de su complacencia.

MIGUEL. De ningun modo, y os juro por mi fé que mi mayor deseo sería que retrocediéseis de la senda en que marchais tan fatalmente. Jóvenes, los placeres os ciegan; si supiéseis lo que os espera en un día tal vez cerca no! Á usted, Julio, es á quien me dirijo con más particularidad. Su padre de usted, que me conocía, no me negaba por eso su estimacion, y yo correspondo á su amistad, repitiendo á su hijo lo que él le habrá dicho sin duda más de una vez. La ociosidad es el primer escalon que conduce al deshonor... y más léjos aún. La sociedad que frecuenta usted no tardará en llevarle al segundo. Aún es tiempo de volver atrás... pero apresúrese usted... porque una vez á medio camino es muy raro recuperar lo perdido y enderezar el paso.

JULIO. Señores, propongo un brindis á la salud de don Miguel, nuestro consejero íntimo!

TODOS. Sí, sí, á la salud de don Miguel.

MIGUEL. Le dejo, amigo Julio, pero ántes le suplico que me vuelva mis fondos que obran en poder de usted.

JULIO. Dispénseme por hoy, que estoy muy ocupado. Mañana, si le place, finiquitaremos el asunto.

MIGUEL. Quiero que me los devuelva usted en seguida. Su mismo padre arregló las cuentas, y es, por lo tanto, cuestion de pocos segundos.

JULIO. Semejante insistencia ofendería en mucho mi delicadeza si la creyera derivada de una falta de confianza.

MIGUEL. Al hombre activo y laborioso concedo yo solamente mi confianza, y como en usted no reconozco esas cualidades, exijo sin más tregua lo que me pertenece.

- JULIO. Oh! Ya es demasiado... Déle usted gracias á la circunstancia de estar en mi casa... José, dame la cartera que está en el gabinete. Una vez liquidadas nuestras cuentas espero...
- MIGUEL. No volverme á ver? Ese es precisamente mi mayor deseo.
- JULIO. Tome usted, señor Miguel, lo que le adeudo.
- MIGUEL. Muchas gracias.
- JULIO. Compruebe las sumas.
- MIGUEL. Eso es lo que hago.
- JULIO. Espero que me enviará un recibo firmado.
- MIGUEL. Aquí le traigo. Tome usted.
- JULIO. Está corriente. Y ahora...
- MIGUEL. Tengo el honor de saludar á usted; se lo vuelvo á repetir: tanto como usted, más quizás, deseo que no nos volvamos á ver. Mucho me temo, sin embargo, que nos veamos con harta frecuencia.
- FRANC. (Dentro.) José, te repito que me ha escrito, diciéndome que venga á verlo.
- JUL. (Id.) Y yo traigo el importe del alquiler de la casa.

ESCENA IV.

DICHOS, FRANCISCO, JULIANA, LUISA.

- JULIO. (Á sus amigos.) Otro impertinente todavía? Qué os parece mi manera de despachar mis asuntos?
- MIGUEL. (Á Francisco.) Bien, Francisco, estoy al tanto de tu conducta; económico y activo, continúa, que podrás mañana caminar con tu frente levantada. Las faltas son personales. (Váse D. Miguel.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos MIGUEL.

- JULIO. (¡Cielos! es ella!
- CARLOS. Y quién es ella?
- JULIO. Mi conquista del Conservatorio.

- FERN. Extraña casualidad.)
- LUISA. (El jóven del lente y los guantes amarillos.)
- FRANC. Señorito Julio, acudo presuroso al llamamiento de usted.
- JULIO. Te lo agradezco; aguardame un instante.
- JUL. Pues yo, señorito Julio, he querido matar dos pájaros de un tiro; y sabiendo que mi yerno venía á visitarle...
- JULIO. Qué dice usted, Francisco es su yerno?
- JUL. Al mismo tiempo traigo el importe de dos meses caídos de su casa de la calle de Embajadores, porque segun veo, si no le trajese yo, no se molestaría usted en ir por él: ya se ve, como no es la Puerta del Sol... y sin embargo, lo mismo vale el dinero de la calle de Alcalá que el de la calle de Lavapiés.—Como no me gusta guardar lo que no es mio, aquí le traigo el saco.
- JULIO. Pero es Francisco su yerno?
- JUL. Es ya lo mismo que si lo fuera, porque estamos disponiendo los preparativos de la boda.
- JULIO. Se casa tal vez con esta señorita?
- JUL. Sí, con mi hija, es decir, con la hija de una amiga mia, que me la entregó al morir, y que yo he educado como si fuera hija propia.
- JULIO. (Ap.) (Por qué no lo habré sabido ántes.) (Alto.) Creo haber tenido ya el placer de conocer á esta niña.
- JUL. Cómo es eso, Luisa?
- LUISA. Sí, madre, en los últimos ejercicios del Conservatorio.
- JUL. Habrá usted tenido entónces ocasion de admirarla, porque el piano y el canto son sus dos fuertes. (A Luisa.) No digo esto para que te envanezcas, sino porque es la verdad... Pero me olvidaba ya del asunto que me ha traído á esta casa. Tome usted su dinero; y tú, Francisco, procura despachar en seguida, que aún tenemos que ir á la Vicaría, y mientras tanto mis naranjas no se venden.
- JULIO. (Consigo mismo.) (No hay tiempo que perder... la chica me ha reconocido... consentirá, ó poco ménos, en cuanto le proponga...—Venid, amigos mios, que os necesito.)
- CARLOS. (Se trata de la rapaza, eh?

JULIO. Sí.
FERN. Estamos á tus órdenes.)
JULIO. (Á Juliana.) Voy á extender el recibo. Francisco, aguár-
dame un momento, que tengo que hablarte. (Seguidme,
señores, astucia... y sobre todo prontitud.) (Vánse Julio,
Fernando y Cárlos.)

ESCENA VI.

FRANCISCO, LUISA, JULIANA.

FRANC. Luisa, no me habías dicho nunca que conocías al seño-
rito Julio.
JUL. Vamos, más calma, seor celoso; ya se te calientan los
cascos.
LUISA. Acaso se conoce á una persona por haberla visto una
sola vez en un acto público al que concurre tanta gen-
te? (No me engañaron al decirme que era un jóven
opulento!)

FRANC. Luisa, tú me ocultas algo!
JUL. Ya te lo he dicho muchas veces, Francisco. Será ne-
cesario que se guarde los ojos en el bolsillo y que es-
conda el rostro en el mandil para quitarte los celos.
Ah! No he visto otro igual!

FRANC. Porque es usted honrada, y porque ella tambien lo es,
no sois capaces de creer más que en el bien...

JUL. De lo cual no me arrepiento, hijo mio.

FRANC. Y yo la aplaudo el primero; pero desde temprano debió
usted educar á su hija para el puesto á que su suerte la
ha destinado.

JUL. Ves algun inconveniente en que quiera sobresalir algo
entre las de su clase?

FRANC. No pocas veces los hay. Dotada del mismo sensible co-
razon que usted tiene, pudo Luisa haber sido una ex-
celente mujer de su casa.

JUL. Y á dónde quieres venir á parar?

FRANC. Una alumna del Conservatorio desdeñará de seguro los
quehaceres domésticos...

JUL. No te inquietes, Francisco; ya verás, que no porque se-

pa cantar y tocar el piano, dejará de saber hacer el pu-
chero y zurcir un par de calcetines.

LUISA. Siempre es lo mismo Francisco, no perdona ocasion
alguna para reñirme.

FRANC. Perdóname, Luisa; si supieras cuánto he sufrido desde
el infausto momento en que nací, no te parecerían ino-
portunos mis consejos.—En el punto casi en que voy
á satisfacer mí más caro deseo, me creería dichoso por
completo si estuviese persuadido de que tú me quieres
del mismo modo que yo á tí... Mucho me temo que así
no sea, y de esta duda terrible provienen mis inquie-
tudes.

JUL. Siempre el mismo cantar!

FRANC. Una palabra, una sola de tu boca bastará á tranquili-
zarme.

JUL. Pues dile dos para que recobre el sosiego.

LUISAC. Todos los dias es la misma historia; no podemos estar
dos horas en buena armonía. Te lo prevengo, Fran-
cisco, si sigues así lograrás que te deteste.

FRAN. Luisa, yo trataré de corregirme, te lo prometo.

JUL. Haya paz, hijos míos, abrazaos.

LUISA. (Ya se acerca, cómo ocultar mi turbacion?)

ESCENA VII.

DICHOS, JULIO, CÁRLOS, que vuelve á salir.

JULIO. (Aparte á Cárlos.) Conque me has comprendido?

CÁRLOS. De sobra, es una tontería...

(Le da la mano y se va por el fondo.)

JULIO. Dispénsese usted si he tardado; aquí tiene usted el re-
cibo firmado. Ahora, Francisco, quisiera hablarte un
instante.

FRAN. Hable usted.

JULIO. No consiente testigos nuestra conversacion.

FRAN. No guardo secretos para ninguna de las dos; aquella ha
de ser mi madre, y esta mi esposa.

JULIO. Cumplo al exigir esta circunstancia la voluntad de mi

- difunto padre.
- JUL. Dice muy bien. Te esperaremos, Francisco, con tal que no tardes mucho.
- JULIO. Es asunto de un instante.
- JUL. Sígueme, Luisa. Por dónde es?
- JULIO. Por esa puerta...
- LUISA. (Qué mirada tan ardiente me ha lanzado!) (Salen las dos.)

ESCENA VIII.

FRANCISCO, JULIO.

- FRANC. Ya puede usted principiar: estamos solos.
- JULIO. Bien sabes, Francisco, la distincion que mi pobre padre hizo siempre de tí; por eso no habrá de asombrarte lo que tengo que decirte.
- FRANC. Hable usted, que le oigo impaciente.
- JULIO. Postrado en su lecho de muerte, de un modo tan brusco que apenas alcanzó el tiempo de poner en orden sus negocios, me llamó para trasmitirme sus últimas voluntades; recordó tus merecimientos, y hé aquí lo que me ordenó que te entregára.
- FRANC. Á mí.
- JULIO. Sí, entérate.
- FRANC. (Leyendo.) «¡Pobre Francisco, tu conducta ha borrado la oscuridad de tu origen. Bien quisiera ayudarte á merecer la estimacion de tus semejantes, injustamente predispuestos contra tí; pero el cielo interrumpe mi propósito. Quiero por lo ménos contribuir con algo á tu porvenir. Mi hijo te entregará una cartera que contiene diez mil reales; sé que fructificarán en tus manos. Ojalá sean la primera piedra del templo de tu dicha, que no dudo labrarán tu conducta honrada y tu laboriosidad. Rosendo Gomez.» (Dejando de leer.) Oh! mi bienhechor, sí, lo juro ante vuestro hijo, ante Dios, siempre sabré merecer el aprecio de los hombres de bien.
- JULIO. Toma, amigo mio, lo que es tuyo.
- FRANC. Oh! Señorito, cómo podré manifestarle mi agradeci-

- miento?
- JULIO. Continuando con la conducta que hasta ahora has llevado, siendo siempre juicioso, honrado, activo... (caramba, cómo tardan!) pues como te lo dice mi padre, estas son bases en que se cimenta el templo de la dicha. (Les habrá hecho resistencia la mozuela?)
- FRANC. Le prometo á usted que nunca tendrá que arrepentirse de sus bondades para conmigo. ¡Qué dichoso es usted! ¡Conoce á sus padres! Merece la consideracion de todos, mientras que yo... pobre de mí!...
- JULIO. (Algun contratiempo grave debe haberles ocurrido, pues se prolonga mucho la tardanza.)
- FRANC. Ahora, señorito Julio, si no me manda usted otra cosa, permítame que vaya en busca de Luisa y de su madre.
- JULIO. No te lo impido. (Qué torpes han debido estar mis amigos.) Oye, Francisco.
- FRANC. Qué manda usted?
- JULIO. Ni una palabra digas de lo que mi padre ha hecho por tí; esta es su voluntad. Comprendes ahora por qué nuestra entrevista no consentía testigos?
- FRANC. Es demasiada generosidad. (Óyese un gran ruido en la habitacion contigua, donde están Luisa y Juliana. Se oyen pronunciar perfectamente las palabras ¡Pillos! ¡Ladrones! y se oye un coche que se aleja.) ¡Gran Dios, qué sucede! (Precipítase Francisco, venciendo la resistencia de Julio hácia la puerta. Al abrirla aparece en ella Juliana, que sale furiosa.)

ESCENA IX.

DICHOS, JULIANA.

- JUL. Monstruos, bandidos; me ahoga la cólera.
- FRANC. Qué tiene usted, madre mía?
- JUL. Se la llevan, me la quitan esos malvados.
- FRANC. Á quién, á Luisa?
- JUL. Eran tres contra mí... y aún reían los miserables!
- FRANC. Qué significa todo esto, señorito Julio?
- JULIO. Cálmate, Francisco; buena mujer, serénese usted, será

- una broma que ha tomado por lo serio.
- JUL. Pues será una broma que les ha costado un par de güenas gofetás, de las que saben dar estos diez dedos; así son mis bromas; pero no perdamos el tiempo, devuélvame usted á mi hija en este instante, ó vuelvo á empezar el fandango!
- FRANC. Soy yo quien debe ventilar esta cuestion. Luisa será muy en breve mi mujer, y tengo el derecho de exigir á usted...
- JULIO. Me lo dices en un tono?
- FRANC. Sin embargo, hago esfuerzos por moderarme mucho! Más de lo que puedo. No me haga usted olvidar que es el hijo de mi bienhechor! Respóndame; dónde está Luisa? Qué pretende usted con tan punible rapto?
- JUL. Sí, apresúrese usted á contestar, porque ya no reconozco en usted al propietario! Se lo anuncio; mire que ya la ira me va cegando los ojos!
- JULIO. Ya esto es demasiado. Salid al instante de mi casa si no quereis que os haga arrojar por mis lacayos!
- FRANC. Miserable!
- JUL. Da un paso si te atreves!

ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO, JOSÉ.

- FERN. Qué sucede? ¿Por qué armáis ese estrépito?
- JULIO. Echad á la calle á esos insolentes que vienen á injuriarme hasta en mi casa.
- FRANC. Á la calle? Que vengan! Y usted devuélvame la mujer que me ha robado ó déme en el acto satisfaccion por tal infamia!
- JULIO. Já! já! Eres divino! Con un hombre de tu clase?
- FRANC. Me dará usted satisfaccion, lo repito, ó si no...
- JULIO. Señores, ya que me fuerzan, os nombro jueces en esto. Decidme, puedo yo batirme con un hombre que ignora su origen... con un expósito recogido por una Inclusa... que no conoce sus padres, y que muy bien puede ser el

- FRANC. hijo de un hombre indigno... de un verdugo tal vez! Infame! Has descubierto un secreto que no te pertenecía... Pero el cielo sabrá vengarme... Te devuelvo el regalo de tus padres... Sus beneficios al pasar por tus manos se convierten en ofensa! Venid, madre mia, venid, la justicia es quien debe ampararnos.
- JUL. Sí; y si la justicia no nos hace justicia, tranquilízate, Francisco, que siempre nos queda la de Dios y la que el hombre se toma por su mano. (Váanse Juliana y Francisco.)

ESCENA XI.

JULIO, FERNANDO, JOSÉ.

- FERN. La escena ha sido magnífica y no hay precio con qué pagarla. Si se prolonga algo más me parece que me enamoro de la madre.
- JULIO. (Empujando con el pie la cartera que arrojó Francisco.) Recoge eso, José, y llévalo á casa de Francisco; no quiero yo lo que no es mio. Ahora, amigos míos, reanudemos el hilo de tan placentero día, y veamos cómo me recibe mi bella Elena del Conservatorio! (Salen riendo á cárcajadas. Cae el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

LAS MUJERES.

El teatro representa un salon elegante iluminado.—En el fondo bu algunas parejas.—El baile se detiene un instante.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, LEONOR, PEPITA.

PEPITA. Buenos dias, amigas. Llegan ustedes muy tarde! Las esperaba desde hace bastante tiempo, porque tengo importantes nuevas que comunicarlas.

LEONOR. Á nuestra vez no nos faltan noticias que decirte.

PEPITA. Ya te escucho con impaciencia.

LEONOR. Por de pronto te diré que Victorina, que volvía de Inglaterra cargada de laureles, y sobre todo de pesetas, ha sido secuestrada por un corsario.—Dicen malas lenguas que el rey de Argel la había enamorado locamente; pero enamorado al estilo turco, y que se apoderó de ella con más suerte que sus compatriotas de la Herzegovina.

CAROL. Elisa, que deseaba la muerte por pasar de los cuarenta, acaba de legar su fortuna á un hospital y se ha hecho

hermana de la Caridad. Debió estar loca al tomar semejante resolución.

PEPITA. No mientes, porque loca y mucho estaba desde hace tiempo por un carabinero que la desdénaba.

LEONOR. Pues todo esto no tiene importancia al lado de un rumor que corre.

PEPITA. Y qué rumor es ese?

CAROL. Un conde?

LEONOR. Nada de eso?

PEPITA. Acaba, Leonor, que somos mujeres...

LEONOR. Y curiosas. Pues bien, dícese que todas las señoras casadas van á elevar una petición á la Cámara para que se añada al Código penal un artículo, por el cual se repriman en adelante las infidelidades de los cónyuges.

CAROL. Pero, hija, qué crédula eres. Te tragas á pié juntillas cuantas bolas te cuentan por absurdas que sean.

LEONOR. Llamas á esta noticia oficial una bola?

PEPITA. No la niego rotundamente, pero la pongo en duda desde luego, pues siendo los hombres los encargados de hacer las leyes, no es fácil que atenten nunca á los privilegios que ellos mismos se han abrogado.

ESCENA II.

DICHOS y un CRIADO.

PEPITA. Qué quieres?

CRIADO. El señor don Julio Gomez desea ofrecer sus respetos á la señora.

PEPITA. (Tan pronto!) Haz que pase. (Váse el Criado.)

ESCENA III.

DICHOS y JULIO, por el foro.

JULIO. Señoras, beso á ustedes los piés. Qué tal, señorita Carolina, sigue usted tan romántica como de costumbre? ¿Pero dónde está la heroína de la fiesta?

PEPITA. Continúa en manos de sus doncellas.

- JULIO. Cómo no habeis asistido al debut de esa nueva tiple del Real?
- PEPITA. La conozco hace ya bastante tiempo. Es la hija de mi antigua portera.
- LEONOR. Vaya, vaya; me han hecho ustedes perder toda la ilusion!
- JULIO. Sin embargo, amiga mia, no recuerda usted...
- CARLOS. Se equivoca usted, señor don Julio.—Mi padre era ca rabinero.
- JULIO. Pido mil excusas, pero estaba en la persuasion de que no era más que un portero, un conserje distinguido, si usted prefiere. Ah! ya está aquí mi amor. (Ap.) (No tiene mal aspecto. Me pesa haberla robado al pobre Francisco, pero así estaba escrito!)

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA, elegantemente vestida.

- PEPITA. (Tomándola de la mano.) Quién no la habrá de admirar? Estás preciosísima con este traje.
- CAROL. No es posible reunir más gracias. (Qué mal le va la ropa á esta chicuela.)
- LEONOR. Magnífico cuerpo. (No sabe si quiera andar.)
- LUISA. (Consigo misma.) (Madre mia, madre mia, qué es lo que he hecho?)
- JULIO. Hermosa mia, dime, por qué has llorado?
- PEPITA. Límpiase usted esas lágrimas; los ojos rojos del llanto, hacen muy mal efecto, no lo olvide usted.
- JULIO. Vamos, mirame una sola vez.
- LUISA. No me atrevo...
- PEPITA. Mire usted, qué rica manta de cachemira.
- CAROL. Y qué brillantes tan diáfanos los de los zarcillos.
- LEONOR. Y el collar, si parece un rayo de fuego!
- JULIO. Pues todas esas joyas no tienen mérito alguno comparadas con tu belleza. Pero por qué no nos hemos de divertir. Continúe la fiesta interrumpida.
- PEPITA. Tiene usted razon.—Olvido completo de pesares y alegría absoluta.

ESCENA V.

DICHOS, CÁRLOS, FERNANDO, MIGUEL.

Invitados al baile de ambos sexos.

CARLOS. (Mirando á Luisa con un lente.) Qué metamórfosis tan radical. Te felicito sinceramente por el triunfo, amigo mio.

FERN. El gusano de seda abandona ya su capullo y se convierte en mariposa por gozar del placer...

MIGUEL. Que apagará la muerte.

LUISA. Dios mio?

JULIO. Qué tienes, Luisa?

LUISA. Es el hombre...

MIGUEL. (Tocando en la espalda á Julio.) Soy yo, señor don Julio.

JULIO. Por más que le evito á usted, quiere el cielo que nos encontremos en todas partes!

MIGUEL. Sí, en todas aquellas partes precisamente donde no quisiera encontrarle.

JULIO. Creo no deber á usted ni un céntimo, y no comprendo en verdad el motivo que le induce á buscarme.

MIGUEL. Cierto es que nada me debe, pero no me sucede lo propio á mí con respecto á usted.

JULIO. Pues bien, hagamos liquidacion general y mútua. Acepta usted mi proposicion?

MIGUEL. De buen grado, pues tanto lo desea; pero no me alejaré sin felicitar á esta señorita por el súbito cambio que en ella se ha operado.

LUISA. Caballero...

JULIO. No le haga caso, Luisa. Es un loco.

MIGUEL. Esta mañana ahorcaron á dos jóvenes que principiaron de la misma manera; no olvide usted este ejemplo. Señores, adios, continuad siendo los esclavos del placer.

LUISA. ¡Qué prediccion tan tétrica, Dios mio!

CARLOS. Es un prófugo de Leganés.

- FERN. Siga la zambra, que estamos perdiendo un tiempo precioso.
- JULIO. (Á Pepita, señalando á Miguel) Cómo se encuentra aquel hombre en esta casa?
- PEPITA. No pude cerrarle la puerta en las narices. Presentóme-lo un inspector de policía.
- JULIO. Una razon más para sospechar de él y evitarle... (Colócase en un divan junto á Luisa, que está sombría y cavilosa. Continúa el baile. Cuando está en el apogeo de su animacion, interrumpe bruscamente por la llegada de Juliana y Francisco que penetran en el salon venciendo la resistencia de los criados.)

ESCENA VI.

DICHOS, JULIANA, FRANCISCO.

- JUL. Te he dicho que entraré aunque no quieras. Conque no me sueltas, eh? Pues verás! (Da una bofetada al Criado que con ella forcejeaba.)
- FRANC. ¡Estoy cierto que la he de hallar aquí!
- LUISA. Mi madre! En dónde me esconderé!
- PEPITA. Podré saber qué buscan ustedes en mi casa?
- JUL. Busco á mi hija. ¡Que me la devuelvan!
- FRANC. Luisa, allí está. Gracias, Dios mio!
- JULIO. (Á Juliana.) Escúcheme usted dos palabras, señora Juliana, y de seguro no le pesará.
- JUL. Calle usted, hombre ruin y miserable. Atrás! ó no respondo de mí. ¡Cómo, aquella mujer, cuajada de féferes, es mi hija!
- LUISA. Perdon, madre mia!
- JUL. Ea! pronto, pronto, suelta todos esos trapos andrajosos y sígueme.
- PEPITA. (Bajo.) (Es una furia capaz de matarla!)
- JULIO. (Á Luisa.) Te adoraré siempre con todo mi corazon!
- FRANC. Luisa!
- JUL. Muy bien! Muy bien! No me respondes nada, y te estás como una estatúa? Por la segunda vez, quieres larg

todos esos oropeles y obedecerme? (La aprieta un brazo con fuerza.)

LUISA. No sé qué hacer.

FRANC. No la haga usted daño!

PEPITA. No puedo permitir que en mi casa se maltrate á nadie.
(Interponiéndose.)

FRANC. Luisa, estarás sorda á las súplicas de tu amante...

LUISA. (Cómo tiemblo! ¿Qué determinacion tomaré?)

PEPITA. (Á Julio.) No tema usted. No se irá.

JUL. Conque no me obedeces, eh? Te haces la sueca... ¡Te voy á estrangular, infame. (Desórden general. Todos se interponen. Luisa, aterrada, cae en un sillón.) No temas, no, que te pegue; no quiero ensuciarme las manos! Tenía razon Francisco. ¡Ojalá no te hubiera enseñado á hacer gorgoritos, que otro gallo me cantára; pero, en fin, ya está hecho, y tú te has encargado de probarme la verdad del refran: «Cria cuervos para que te saquen los ojos.» Nada dices, ni una palabra me contestas, siquiera para pedirme que te perdone? Pues así lo quieres, sea. Sigue, desgraciada, sigue la hermosa carrera que te has buscado, que no tardarás en recoger el fruto de tu conducta. Sigue, desenvuelta, ya no eres nadie para mí; ¡pero ántes de que me pierdas de vista para siempre, deja que te dé mi último adios! Infame! Falsa! (Se arroja sobre Luisa. Desgarra el traje de Luisa.) Vámonos, hijo mio, cuanto ántes; el aire que aquí se respira perjudica á las personas honradas como nosotros!

LUISA. Madre! Madre!

JUL. No me injuries con ese nombre! Tu madre yo... Nunca. Adios, y no olvides que morirás desgraciada.

MIGUEL. (Friamente y con pausa.) Así estaba escrito!

LUISA. Ah! (Luisa ha lanzado un grito y se desmaya. Todos la rodean. Juliana arrastra casi á Francisco. Telon rápido.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL JUEGO.

El teatro representa una gran sala. Mesas de juego, ruleta y banca. La puerta de entrada á la izquierda tendrá un postigo. Al levantarse el telon está el juego muy animado.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, FERNANDO, CÁRLOS, JUGADORES y BANQUEROS.

BANQ. A jugar, señores, á jugar!

JUGADOR. (En la mesa de ecarté.) Juego veinte duros!

BANQ. Van!

BANQ. (De la ruleta.) No más? Hecho el juego.

BANQ. La sota!

BANQ. (De la ruleta.) No más? está hecho el juego.

JULIO. Maldita fatalidad!

- BANQ. (De la ruleta.) Diez y nueve. Encarnado, pleno, calle.
- JULIO. Maldicion!
- CARLOS. Animo! Todavía hay esperanza! No ha de suceder lo mismo diez y nueve veces seguidas.—Haz lo que yo, todo al negro.
- BANQ. (De la ruleta.) Jugad, señores.
- JULIO. ¡Qué demonios! Voy á seguir tu inspiracion.—Todo al negro!
- BANQ. (id.) No más? está hecho el juego.
- JULIO. Estoy perdido!
- CARLOS. Es una desgracia, no te lo niego, pero no te desesperes. Estoy seguro que ahora que no podemos jugar va á darse el encarnado.
- BANQ. Juego. (Durante todas las escenas del juego se escucha á los banqueros proclamar en alta voz los diferentes vaivenes del juego á intervalos convenientes.)
- CARLOS. Ocho dias van que llevamos esta vida! Pero sé franco, de véras no te quedan más recursos?
- JULIO. Nada tengo; todo lo he vendido; ni siquiera el menor crédito!
- CARLOS. Caramba! ¡Qué lástima! Tal vez con una jugada más nos volviera la suerte!
- JULIO. Maldito sea el dia en que por primera vez me arrastraste á este inmundo garito!
- CARLOS. Muy bien. ¿Conque ahora me reconvienes? Me parece que tu fortuna estaba ya tocando á su término cuando te hice conocer este círculo brillante, gracias al cual has podido irte librando de la ruina.
- JULIO. Déjame ya en paz. Qué hacer ahora, Dios mio! Que será de mí?
- CARLOS. Por qué no le escribes á Luisa?
- JULIO. Ignoras que el dinero que acabo de perder es lo último que ella poseía? (Sombrio.) Se lo robé esta mañana miéntras dormía tranquilamente!
- CARLOS. Contratiempo maldito! Pero ella tiene aún, no me lo niegues, diamantes y joyas. Con eso bastaría.
- JULIO. Pensamiento feliz! Tienes razon. Voy á escribirle en el

- acto.—Ah! Pero me los negará, no tengo la menor duda.
- CARLOS. Ruégale que venga á verte; dile que acabas de ganar una suma considerable y que la quieres llevar á un gran baile por tan fausto acontecimiento. No temas que desconfie; vendrá cuajada de aderezos y sortijas... y entonces de nada valdrá que te rehuse esas prendas, porque las tomarás tú mismo.
- JULIO. Es la verdad! ¡Casa!

ESCENA II.

DICHOS y el MOZO.

- MOZO. Qué se le ofrece á usted?
- JULIO. Una pluma, papel y tintero, en seguida.
- MOZO. Aquí están.
- JULIO. Miétras tanto observemos el cariz del juego para ver lo que se está dando y jugar con dato seguro. (Escribe.)
- CARLOS. Ganaremos, Julio, ganaremos; me atrevería á apostar todo lo que poseo. Ah! Nada tengo, pero es para probarte mi fé.
- JULIO. Ya está escrito.—Oiga, usted, mozo, haga llevar inmediatamente este billete á su direccion!
- MOZO. En seguida! (Sale.)

ESCENA III.

DICHOS ménos el MOZO.

- BANQ. No más? Está hecho el juego.
- CARLOS. Ves realizado lo que te aseguraba? Si mi cálculo es infalible! No hemos podido continuar, de ahí nace todo. Procura tranquilizarte, miétras viene Luisa no me moveré de la mesa. Aquí tengo mi carta, voy á apuntar todos los golpes, y de seguro nos desquitaremos. (Colócase Carlos junto á la mesa con una carta en la mano. Apunta á cada jugada.)
- JULIO. En ménos de tres años he consumido un capital que

creía inagotable! ¿Qué será de mí si la suerte continúa sin protegerme? Para nada sirvo; las vigiliás, los excesos han alterado mi salud. (Pasa un criado con una bandeja de vasos.) Dame un vaso de ponche! (Bebe.) Oh! Por qué á tiempo no seguí los consejos de Miguel!

ESCENA IV.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. (Tocándole en la espalda.) Aquí estoy!

JULIO. Es usted un demonio que me persigue adivinando hasta mis más recónditos pensamientos!

MIGUEL. Habla usted tan alto que se requiere muy mala voluntad para no escucharle.

JULIO. Oyó usted mis lamentos?

MIGUEL. Algo es ya sentir remodimientos! Pero sería preciso el valor de detenerse, de hacer olvidar por medio de una vida ejemplar y laboriosa la conducta pasada.

JULIO. Puedo saber á qué vienen esos consejos que no he solicitado?

MIGUEL. Mi conciencia me incita poderosamente á dárselos á usted; la suya debía animarle á seguirlos. Qué se han hecho esos cuantiosos capitales acumulados en cambio de tantos sudores y de tantos años por su buen padre? Qué han sido, sino la presa de los libertinos y de las meretrices? ¿Cuál es hoy la morada habitual de usted? Un garito clandestino que puede descubrir la autoridad en el instante ménos esperado! ¿Qué diferencia entre la conducta de Francisco y la de usted! Nada tenía el infeliz. Hoy desempeña un importante cargo en una de nuestras primeras fábricas. Amaba una jóven con la que creyó casarse... y en tanto que usted se la robaba para deshonorarla, cuidaba él de su anciana madre, sumida por su causa en la más inconsolable desesperación! Hé aquí el ejemplo digno de ser seguido. Todavía está usted á tiempo. Ya ha subido tres escalones, pero le queda aún un resto de honor, con el cual, y el

trabajo, podrá, si se arrepiente, llevar algun día la frente levantada. Vamos, amigo Julio, por la última vez, créame, mis consejos son desinteresados.

JULIO. Trabajar! Amargo sarcasmo!

MIGUEL. Pues qué, no tiene usted dos brazos? Falta acaso el trabajo teniéndolos? Hágase usted hasta limpia-botas, si es preciso: á cuántos conozco yo que son más estimables que aquellos que á menudo los salpican de barro!

JUGADOR. ¡Copo!

JULIO. Señor don Miguel, encuentro que esta burla está muy fuera de lugar.

BANQ. Doble cero!

JULIO. Termine usted sus insidiosos consejos.

JUGADOR. Ah! (Se levanta desesperadísimo y sale.)

MIGUEL. Tanto peor para usted, si no ve más que una hipócrita burla en el pensamiento franco que acabo de exponerle: mucho temo que en vez de detenerse en esta terrible escala, continúe usted subiendo sus escalones. (Óyese el ruido de un tiro de revólver. Todos se levantan.)

MIGUEL. (Friamente.) No es nada: un jugador desgraciado que se ha pegado un tiro. Ése, por lo ménos, se libra de la ignominia del cadalso. (Entra el mozo y da á diferentes jugadores que le preguntan detalles sobre el suicidio que acaba de consumarse.)

JULIO. Dios mio!

BANQ. (De la ruleta.) Continuemos, señores.

BANQ. (De la banca.) En tres!

JUG. 1.º Cuarenta duros!

JUG. 2.º Van.

MIGUEL. Contemple usted y fijese un momento; los que le van á imitar tal vez dentro de poco apenas se han ocupado del incidente; estos son los recursos de los jugadores. El suicidio ó el robo; ¡terrible dilema!

JULIO. Basta ya: no me diga nada; no quiero escucharle!

MIGUEL. Reflexione usted!

JULIO. Déjeme usted en paz! (Sale Miguel.) Un vaso de ponche! Ah! Luisa! Todo no está perdido aún!

ESCENA V.

JULIO, PEPITA, LUISA.

LUISA. (Á Pepita.) Amiga, por Dios, no me dejes sola.

PEPITA. Tranquilízate!

JULIO. Te esperaba con impaciencia. Quiero hablarte.

LUISA. Pero qué agitado estás! Me anunciabas en tu billete que la fortuna al fin te había sido propicia!

JULIO. Sí; al principio... pero despues se volvió la suerte... y es preciso que me ayudes á hacerla variar!

LUISA. Yo? Y de qué modo? Sabes que te he entregado cuanto poseía.

JULIO. Sí, pero esos diamantes, que para nada te sirven...

LUISA. Te atreverías á tanto?

JULIO. Si sólo quiero que me los prestes algunos instantes. (Pepita hace señas á Luisa para que no ceda.)

LUISA. Pero...

JULIO. Vacilas, Luisa?

LUISA. Es que sin ellos no podré presentarme en ninguna parte.

JULIO. No admito pretextos, Luisa; dame tus joyas. ¡Las necesito!

LUISA. No las obtendrás de esta manera.

JULIO. Ah! Te niegas á complacerme. No me obligues á provocar un escándalo.

LUISA. Te temo, Julio, y huyo de tí para siempre.

JULIO. (Deteniéndola por un brazo.) Oh! No te irás! (Apretándola con mucha fuerza el puño.)

LUISA. Me lastimas!

JULIO. Tus diamantes!

LUISA. Me partes el puño!

JULIO. Los diamantes, te lo repito!

LUISA. (Dando un grito.) Ah!

PEPITA. (Acercándose.) Qué hace usted? Déjela.

JULIO. No es cuenta de usted, señora.

LUISA. Julio, por Dios, te lo suplico.

- JULIO. Tus diamantes!
- LUISA. Tómalos y acabe mi suplicio. Adios para siempre. Ya soy libre!
- JULIO. No por cierto!—Cuando mi ruina esté completamente consumada me abandonarás. Te reirías de mí si te lo consintiera. Mozo! No, Luisa, tú no me conoces. Tiembra si llegas á encender mi cólera. Mozo, acompáñeme usted; quiero dinero sobre estos valores.
- Mozo. Estoy á sus órdenes, caballero. (Salen.)

ESCENA VI.

PEPITA, LUISA.

- LUISA. Ah! monstruo infame!
- PEPITA. Por qué cediste, tonta!
- LUISA. Me hubiera matado de no hacerlo; le conozco bien!
- PEPITA. Ya tienes un motivo para no verlo más. ¿Qué obligacion tienes tú de compartir su miseria?
- LUISA. Oh! qué hacer? Qué resolucion debo tomar?
- PEPITA. Un chico americano quiere casarse contigo: te sigue á todas partes; te envía cada mañana hermosos ramos... Le encuentro en todas las reuniones. Por qué no asistes á la de esta noche y aceptas su noble proposicion? Dentro de pocos dias saldrá de Madrid.
- LUISA. Oh! No. Y Julio?
- PEPITA. Le amas siempre?
- LUISA. Nunca le he amado, te lo confieso; me ha deslumbrado... contribuiste á arrastrarme á esa pendiente fatal... no pude ménos que sucumbir, y la costumbre ha reemplazado en mi corazon un sentimiento que nunca supo inspirarme.
- PEPITA. Y en tal caso, ¿por qué vacilas, qué es lo que temes?
- LUISA. Sus celos, su venganza! Hace un instante me lanzaba furiosas miradas... me impedía que huyese. Oh! Es un carácter que cuando se arrebatá es capaz de todo.
- PEPITA. Un esposo valiente sabría ponerte á cubierto de su cólera. Por lo demas no puedes, siquiera sea accidental-

mente, salir de Madrid y sustraerte á sus amenazas?

LUISA. Es verdad.

PEPITA. Pues bien, parte en el acto, es cuestion de adelantar tu viaje unos dias. ¿Qué esperas junto á él? Su posicion no puede ménos de empeorar á cada nuevo instante. Su sumision te libraría por muy poco tiempo de sus iras. La tristeza y la desesperacion pudieran llevarle al último extremo, aunque no le dieses el menor motivo para ello.

LUISA. Sí, me inspira miedo y me parece escuchar cuando estoy á su lado las últimas palabras de mi pobre madre: «Morirás desgraciada.» Sí, tienes razon, debo abandonarle...

PEPITA. Silencio, que viene hacia aquí.

ESCENA VII.

DICHOS y JULIO.

JULIO. (Contando el dinero.) Mil duros! Oh! es más de lo que necesitaba para tomar la revancha. (Á Luisa.) No te inquietes y espérame, que tal vez dentro de cinco minutos pueda devolverte tus joyas. (Á Carlos.) ¿Qué color se está dando?

CARLOS. El negro. El encarnado ha salido veinte y dos veces. Es cosa hecha!

BANQ. No va más.

JULIO. Aguarde un instante. Quinientos duros al negro.

PEPITA. (Á Luisa.) Aprovechemos del momento en que está concentrado en su juego para escaparnos...

LUISA. Oh! Si nos llegase á ver!

PEPITA. No tengas recelos, miéntras tenga un real encima del tapete verde!

LUISA. Me abandono á tí. (Salen ambas.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ménos LUISA y PEPITA.

BANQ. Veintinueve, encarnado, pleno, dos, líneas cuadro.

JULIO. Maldición!

CARLOS. Es imposible que esto continúe lo mismo!

JULIO. Pues bien, que esta jugada decida mi suerte!

BANQ. Hagan juego.

JULIO. No respiro. Oh! Fortuna! Encarnado! Que un rayo me parta!

CARLOS. Procura contenerle.

JULIO. No, déjame... la muerte!

CARLOS. Ese es el último medio, y yo tengo aún otros mejores.

JULIO. Pronto, contesta, qué medios tienes, qué esperas?

CARLOS. A su tiempo lo sabrás.

JULIO. Dímelo en seguida.

CARLOS. Habla más bajo! (Llevándolo a un lado.)

JULIO. Explicate!

CARLOS. Cuando estés ménos agitado.

JULIO. Ya estoy sereno. Y ese medio es seguro, más seguro que los que hasta ahora hemos empleado?

CARLOS. Es infalible.

JULIO. ¿Y nos hará recobrar el oro que hemos perdido?

CARLOS. Mas aún!

JULIO. Explicate, no tardes, compadécete de mi agonía!

CARLOS. (Sacando de su faltriquera un paquete envuelto.)

JULIO. Qué contiene ese paquete?

CARLOS. ¡Pólvora! (En voz baja.)

JULIO. Para qué?

CARLOS. No lo adivinas?

JULIO. Oh! Temo comprender!

CARLOS. Ya me entiendes. Colocado debajo de la mesa, cuando está el tapete cargado de oro, se inflamará, y mientras dura el tumulto!...

JULIO. Oh! Desgraciado! Pensamiento infernal!

CARLOS. Tienes escrúpulos tratando de readquirir lo que es

nuestro? Si fuese lo de los demas!

JULIO. Eso nunca!

CARLOS. Pues busca otro medio que nos saque de este apuro. No lo encuentras.

JULIO. No importa, jamás consentiré.

CARLOS. Pues suprimiremos tu permiso. Quedas en completa libertad de aprovecharte ó no de las ventajas de mi sistema.

JULIO. Cárlos, yo te lo ruego...

CARLOS. Súplicas vanas. Vé á denunciarme si te atreves!

JULIO. Qué horror!

CARLOS. Déjame hacer, que ya te alegrarás despues. (Va hácia la mesa.)

JUG. 2.º Qué hace usted, caballero?

JUG. 1.º Cobro el rey.

JUG. 2.º No lo tenía usted.

JUG. 1.º Sí señor, lo tenía!

JUG. 2.º (Al primero.) Es mentira!

JUG. 1.º (Y todos los de su mesa.) Insolente! (Le arroja las cartas al rostro. Óyese tocar la puerta de un modo misterioso. Los golpes cada vez se oyen más distintamente, los banqueros y los jugadores se levantan apurados. Despues del primer golpe el banquero impone silencio á todos; al segundo se dirige hácia la puerta.)

BANQ. La policía!

TODOS. La policía!

CARLOS. Contratiempo fatal!

JULIO. Respiro por fin!

BANQ. Quitad esas mesas. Señores, recoged los naipes. Mozo, avisa á las señoras. (Tocan á la puerta y se oyen estas palabras.)

VOZ. (Dentro.) En el nombre del rey, abrid.

BANQ. Un vals en seguida. (El Banquero abre la puerta y aparece un Agente de policía, que cree ver sólo una sala de baile. Todos los jugadores bailan con las mujeres de la pieza contigua, que han entrado. Este cambio debe efectuarse con grandísima rapidez.)

AGENTE. Registren ustedes la casa.

BANQ. Desearia saber, caballero, el motivo de semejante irrup-

cion en mi casa.

AGENTE. Obro en virtud de órdenes que se me han conferido; si la conciencia de usted no le remuerde, por qué causa teme?

BANQ. Espero, señor mío, sin inquietud, el resultado de sus investigaciones. (Vuelven los policías.)

FERN. (En voz baja al Agente.) Están advertidos.

AGENTE. Basta, retirémonos. (Fernando hace señas al Agente. Alto al Banquero.) Ya ve usted que no hemos interrumpido el baile más que un instante. (El Banquero quiere acompañar al Agente. Continúa el baile. Algunas personas se ponen en las ventanas. El Mozo á la ventana.)

BANQ. Ya han salido?

MOZO. Han doblado la esquina.

BANQ. Pues en ese caso que vuelva todo á su primitivo estado.

CARLOS. Este es el momento oportuno. (Lo colocan todo.)

JULIO. Detente, Carlos!

CARLOS. Pero por qué palideces?

JULIO. No has renunciado á tu funesto designio, bien lo veo!

CARLOS. Sí tal; ya que tanto tiembles....

JULIO. Pues si es así, salgamos.

CARLOS. No; acabo de encontrar un duro en el forro del bolsillo.

JULIO. Un duro!... ¡Vuelve, esperanza mía, vuelve!

CARLOS. Quería apostar sin decirte nada y comunicarte la noticia si era buena!

JULIO. Dámelo en seguida.

CARLOS. Tómalo. (Sin saberlo me sirve maravillosamente.) (Alto.) Buena suerte; no te aconsejo más!

JULIO. Ah! Tengo esperanzas todavía!

CARLOS. Y yo tengo más aún; tengo certeza!

BANQ. Está hecho el juego! (Cuando dice Carlos «Tengo certeza» se desliza bajo la mesa y coloca el petardo. Cuando ha dicho: «Está hecho el juego» una terrible explosion se escucha. Estupefaccion general. Todos tropiezan y gritan. Carlos se precipita sobre el oro y se dispone á huir, arrastrando á Julio tras él. En el mismo instante caen las puertas y aparece la policía. D. Miguel ha entrado momentos ántes.)

AGENTE. Custodiad todas las puertas; que nadie salga!

CARLOS. (Á Julio.) Estamos perdidos!

JULIO. Por dónde huir?

MIGUEL. (Señalando la ventana.) ¡Por allí! El Banquero y los Jugadores tratan de hacer resistencia; empléase la fuerza; los soldados calan sus bayonetas y principia un desordenado tumulto. Julio y Carlos se aprovechan de él para salvarse, huyendo por la ventana y saltando á los techos vecinos. Cae el telon.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

EL ROBO.

Decoracion formando varias calles. Sobre el frente de un edificio, colocado cerca del proscenio, cuyo frente es estrecho, y tiene, sin embargo, prolongado los lados, hay un balcon y debajo un banco de piedra. Entre el balcon y el banco, carteles de teatros y de otro género. Al fondo el ala de una casa. y en el fondo del otro lado el muro ó tapia de un jardin. Un reverbero ó farol de gas.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y BLAS, disfrazados de verduleros, conduciendo cada cual un cesto de legumbres. Blas, ántes de hablar, se sienta en el banco.

BLAS. Ea, ya estamos aquí.

FERN. Este es el punto, eh? Tenías razon, ese farol está malísimamente colocado. (Despues de haber reparado en varias casas.)

BLAS. Ya te dije que habría que apagarlo.

FERN. Roberto quedó en hacerlo.

BLAS. Ya verás tú, así que pase una pareja, lo que yo hago.

FERN. Eso quiero yo, que pase.

BLAS. Claro, como que en pasando una la otra tarda en pasar un siglo.

- FERN. Parece que ya están todos durmiendo á pierna suelta, en la casita, eh?
- BLAS. No, cá! Aún hay fuera de casa dos personas, el dependiente mayor, el cajero, porque él es quien guarda los cuartos, y la vieja... Yo no sé si es su madre, yo creo que sí.
- FERN. Pues para ser tan vieja no se retira muy temprano.
- BLAS. Le coge léjos de casa.
- FERN. El qué?
- BLAS. El teatro del Circo. Han ido á ver *La redoma encantada*. Los ha visto Roberto.
- FERN. Pero va á dar la una. Ya podían estar aquí.
- BLAS. Habrán entrado en el café á tomar algo. La vieja tiene la costumbre de tomar chocolate. Pero ya no pueden tardar!
- FERN. Y tal vez no convenga que nos vean aquí.
- BLAS. Tengo ya apostado un barbian que nos avisará cuando lleguen. El cochero aquel que tú conoces... Un hombre que entiende la aguja de marear. Y así que nos dé el aviso irá al punto por el coche... y si hubiese necesidad, llevaría el dinero donde fuese menester.
- FERN. De modo que aún tendremos tiempo de echar un cigarro.
- BLAS. Ya lo creo. Esta picadura es buena. (Óyese dentro canturrear á Antonio. La conocida canción de *El siglo que viene*, cuya letra dice: Los ministros velando por el bien del país, etc.)
- FERN. Ese es Antonio.
- BLAS. El mismo.

ESCENA II.

DICHOS y ANTONIO.

- ANT. (Cuando acaba de cantusear.) Hola! Así me gusta á mí la gente, puntual.
- FERN. La oficina es lo primero.
- BLAS. Eres el mismísimo demonio. Vestirte de farolero...
- ANT. El uniforme oficial es el más seguro.

- FERN. Callad... á ver... (Presta atencion.)
ANT. y BLAS. Qué?
FERN. Viene la pareja.
BLAS. Con eso quedaremos tranquilos.
ANT. Yo voy á darles el esquinazo. (Váse.)

ESCENA III.

BLAS, FERNANDO, dos GUARDIAS y el INSPECTOR. Blas finge no poder echarse á cuestras la carga de las verduras.

- BLAS. Que si pesa la condená? Cuando yo no puedo cargármela!
INSP. Qué se hace por aquí?
BLAS. Pues ná... descansar un poco. Aún coge lejos la plazuela...
INSP. Van á la de la Cebada esas verduras?
BLAS. Á la del Cármen.
INSP. Pues andando. No quiero gente parada en las esquinas.
BLAS. Por mí... Nunca me ha gustado incomodar á la autoridad. Quiere usted echarme una mano, Guardia?
GUARDIA. (Ayudándole á cargar.) Anda, flojo.
BLAS. Flojo, eh? Esto pesa más que el sable. Gracias de todos modos.
INSP. Y derecho á la plazuela.
BLAS. No tenga usted cuidado.
INSP. Y tú lo mismo.
FERN. En un credo.
INSP. Vamos por allí. (Váse seguido de los Guardias.)

ESCENA IV.

FERNANDO, BLAS y ANTONIO.

- FERN. Ya han vuelto la esquina.
BLAS. Si? Pues en su lugar descansen. Ars! (Suelta la carga.)
ANT. Pero cuándo vendrá esa gente?
BLAS. Estamos perdiendo el tiempo más precioso...
ANT. Y cómo se da el golpe?

BLAS. Yo te lo diré! Tú bajarás al jardín conmigo. Como yo tomé oportunamente los modelos de las cerraduras, vendrán bien todas las llaves. El comedor tiene ventanillas al jardín, de modo que la subida es fácil. Del comedor iremos al escritorio, que da aquí. Tengo el plano de la casa. El trigo está en el escritorio. Una vez en nuestro poder, bajamos los sacos por ese balcón.

ANT. Y yo los iré recogiendo.

BLAS. Y si tuviéramos además un hombre que los fuera metiendo en el carruaje...

ANT. No faltará. Carlos por ejemplo. No dijiste que iba a venir?

BLAS. Carlos estará en la timba, y si ha encontrado algún laperdido de provincias a quien desplumar... no hay que contar con él.

ANT. Toma, pues peor para él si no viene.

VOZ. (Dentro canturreando. Como soy de policía
y este burro es de un ladrón...

FERN., BLAS y ANT. Hola! La señal.

BLAS. Ya están ahí. (Entra en escena el cochero, mirando a todas partes. Se hacen señas unos a otros. Blas carga otra vez con la espuerta y se ocultan. Fernando se mete debajo del banco. Los otros personajes, cautelosamente también, ocúltanse en diferentes puntos.)

ESCENA V.

FRANCISCO, la SEÑORA JULIANA.

FRANC. Ve usted cómo yo tenía razón. Usted no está para ir a pie de noche.

JUL. No es eso. La culpa la tiene el pícaro reumatismo... y además... este maldito ojo de gallo que no me deja andar. Jesús, qué fastidiada vengo.

FRANC. Como que viene usted cojeando... Y todo ello por no gastar una peseta en un coche.

JUL. Una para ir y otra para volver ya son dos. No, hijo mío, no quiero yo arruinarte.

FRANC. Por dos pesetas!

JUL. Y las butacas del Circo no cuestan dinero? Y la cena te la han dado de balde? Pues á fé que los langostinos son poco escasos! Jesús! seis reales una racion... Cá, no vuelvo yo á cenar en los Andaluces. Estos despilfarros no son para todos los dias.

FRANC. Tampoco todos los dias es el cumpleaños de usted.

JUL. Mis cumpleaños! No se habrá acordado de él otra persona! (Muy triste y con mucha intencion.)

FERN. Siento haber afligido á usted con este recuerdo!

JUL. Cuando me abandonó esa desgraciada, despues de haberla servido de madre, tú solo tuviste piedad de mí. Tus lágrimas se mezclaron con las mias, y al verme casi en la miseria, me dijiste: «No se apure usted; ya que no he podido ser su yerno seré su hijo; desde hoy viviremos juntos.» ¡Qué hubiera sido de mí sin tu cariño y sin tu compasion!

FRANC. Eso es. Quiere usted que se acabe con lágrimas un dia de felicidad?

JUL. Es verdad, querido Francisco. Mira, perdóname; pero hay recuerdos que no puede una evitar... Cuando el corazon está demasiado lleno de penas, el dolor rebosa, no tiene remedio. Lo que quiero sobre todo que veas es mi gratitud.

FRANC. No hablemos de eso, querida madre. Es tan dulce para mí dar á usted este nombre. Gratiud, gratitud! Yo se la debo á usted. Sus consejos fielmente seguidos, son los que me han proporcionado una modesta pero desahogada fortuna.

JUL. Mis consejos! Tu buena conducta y un trabajo asídno y constante.

FRANC. Ayudados por la decorosa economía que usted me ha enseñado á seguir... Vaya, vaya, subamos á descansar, que es muy tarde y este relente puede ser perjudicial.

JUL. Vamos, ay, cómo estoy de este pié! Por supuesto que esta noche no te permito trabajar. Á dormir en seguida, y no pases sobre los librotes la noche en claro, como

tantas otras.

FERN. No faltaría más que eso.

FRANC. No, señora. Voy á acostarme inmediatamente.

JUL. Tienes la llave?

FRANC. Sí, señora.

JUL. Ve abriendo, que no puedo andar si no me das el brazo.
(Está sentada en un poyo.)

FRANC. Voy. (Abre.)

JUL. Y pensar que aquella criatura despreció á este hombre cuando hubiera vivido con él como el pez en el agua!

FRANC. Vamos, que ya está abierta la puerta. (Blas aprovecha sin ser visto un momento, quita la llave que ha puesto Francisco en la cerradura y deja caer otra al suelo.)

JUL. Dame el brazo. No estoy para salir de noche... Lo comprendo.

FRANC. Pues dónde está la llave?

JUL. Mira no se haya caído. Me pareció haberla oído sonar.

FRANC. Aquí está, es verdad. (Recoge la que Blas dejó caer. Entran en la casa, que tiene la puerta en la calle de la izquierda.)

ESCENA VI.

FERNANDO, BLAS, ANTONIO, poco despues JULIO y CÁRLOS.

BLAS. Yo he cogido la llave de la puerta de la calle, por si van mal dadas.

FERN. Bravo! Eres un grande hombre.

BLAS. Siempre es bueno tenerla; no haga el diablo que nos corten la retirada. (Óyese hablar por la derecha dentro bastante fuerte.)

FERN. Más gente.

ANT. Valiente nohecita!

JULIO. (Saliendo del brazo de Carlos.) Oh, daría un millon, mi sangre, mi alma, todo, por vengarme de esa infame.

CÁRLOS. Un millon y no tienes ni un ochavo moruno!

JULIO. Es una infame! Y me ha visto, vaya si me ha visto. Si es Carlos.

JULIO. Al verme se ha puesto pálida como la muerte, y no acer-

taba á poner el pié en el estribo del coche. Y yo he sentido un vértigo... lo he sentido y lo siento todavía. Entre el ponche, el aguardiente, la excitacion nerviosa de la rabia que dan los celos, debía tener yo los ojos inyectados en sangre, porque las sienes me latian violentamente y perdí la vista. Eso la ha salvado.

CARLOS. Eso y el haberte quitado yo el revolver. Qué querías, matarla ó suicidarla? No tienes energía... para combatir la mala suerte. Lucha y vencerás. Te falta dinero? Búscalo y verás cómo lo encuentras.

JULIO. El mayor martirio que se podía dar era este. Ver la traicion de Luisa cuando soy pobre. Si yo estaba seguro de que la hacía la corte ese americano. Esa mujer ha perdido la cabeza, porque ella conoce mi carácter, mis celos... y que soy capaz de todo.

CARLOS. Ah, conque eres tan primo que tienes celos... pero, hombre, seamos justos, Luisa tiene razon. Ese americano es millonario y tú no tienes una peseta. Qué ha de hacer la chica?

JULIO. (Fuera de sí.) No importa. Ya sé dónde viven. Yo los buscaré..

CARLOS. Bah, bah, tú estás loco. Pensemos en algo más lucrativo. Mira el banco aquel, el balcon, los carteles de teatro... Este es el punto de la cita.

BLAS. (Qué imprudencia!)

CARLOS. Ya sabes que se trata... (Accion de robar.)

JULIO. De lo que no aceptaré en la vida.

CARLOS. Lo aceptarás si piensas que poseyendo cinco ó seis mil duros Luisa podrá volver á ser tuya.

JULIO. Calla, calla.

CARLOS. Qué es el hombre sin dinero? Un nadie, un ser despreciable. Nada.

JULIO. Cállate, Carlos.

CARLOS. (Mirando á todas partes) Habrán hecho ya el negocio esos miserables? Ah! no, por qué hay luz en la habitacion? (Está efectivamente alumbrado.) Hola! He hablado oportunamente. Ya estamos á oscuras todos. (Se apaga la

luz.) Buenas noches. Se conoce que le han puesto al quinqué el gorro de dormir. Y por dónde andarán mis compañeros?

JULIA. Te repito que nunca seré cómplice de ese crimen.

CARLOS. Ah, ya están aquí Fernando y Blas.

BLAS. Pero di, majadero, quieres comprometernos trayendo á Julio?

CARLOS. No, hombre, no. Si es tambien de la trinca.

JULIO. (Indigna.lo.) Yo?

CARLOS. Vamos, vamos, no pastelees.

BLAS. Todo ménos vacilar, porque en estos casos... como la seguridad es lo primero, (Saca un puñal y lo acaricia.) nos veríamos obligados á introducir cuatro ó seis pulgadas en el corazon sospechoso...

CARLOS. No hacen falta amenazas para decidirle. Julio no conoce el miedo. Recela un poco por falta de costumbre... pero ya se irá haciendo á estos lances. Y luégo, que no es capaz de abandonar á sus amigos en los lances de honor. Verdad, Julio?

JULIO. Haced de mí lo que os dé la gana.

BLAS. Ea, llegó el momento. Dame el revolver, Fernando.

FERN. (Dios! Sospecharán de mí?) (Blas toma el revolver; lo examina y cambia las cápsulas)

BLAS. Estos cartuchos no me inspiran confianza. Me gusta cargarme yo mismo las armas.

FERN. (Qué emocion tengo!)

BLAS. Maldita suerte. Viene gente!

ANT. Es un hombre sólo.

BLAS. Buena ocasion para el bautismo de Julio. Mira, ahora puedes acreditar tu valor.

JULIO. Qué quieres decir?

BLAS. Este será tu aprendizaje. No tengas miedo, que nosotros te guardamos las espaldas. Anda, límpiale el bolsillo al caballero ese.

ANT. No tengas cuidado, que yendo solo no se hará de pen-
cas.

CARLOS. Vamos, hombre, haz algo por nosotros.

BLAS. Allí está.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MIGUEL.

JULIO. Sea, puesto que lo quiere el infierno. El dinero. (Imperativamente á Miguel.)

MIGUEL. Qué decía usted, caballero?

JULIO. El dinero ó la vida.

MIGUEL. El dinero? Con muchísimo gusto, señor don Julio. Tome usted, y no se olvide de que ha pisado ya el cuarto escalon del crimen. (Váse.)

JUL. (Es Miguel y me ha reconocido.) Aquí está el dinero!

TODOS. Así se empieza!

UNO. Bravo!

BLAS. Tienes muy buenas disposiciones para el oficio. Vaya, algo es algo. Tocamos á poco, pero en fin... Manos á la obra. Vamos al negocio importante. (Apaga el farol.)

ANT. Magnífico. Este es el temple de luz que nos conviene. Tú, Cárlos, vente conmigo al interior de la casa.

BLAS. Julio subirá al balcon y me irá descolgando suavemente los sacos del dinero. (Ap. á Antonio.) (No tengas cuidado, que yo los vigilaré.) Yo, segun vaya recogiendo los sacos, se los iré entregando á Fernando, y cuidado con errores de suma, porque haré más tarde el recuento de las talegas. No hay que ofenderse... entre caballeros la formalidad es ántes que todo. (Antonio y Cárlos han escalado el muro del jardin penetrando en él. Julio al pié del balcon. Fernando, siempre receloso, va de un lado á otro.)

JULIO. Jamás he sentido una emocion como la que experimento en este instante. Y no es de miedo... Bien lo sabe Dios! Es de otra cosa. Ah! Si mi padre pudiera verme en este momento... Si mi honrado padre me viera asociado á estos bandidos....

FERN. Chist. (Cárlos abre las maderas del balcon. á cuyo pié está Julio.)

CARLOS. La cosa marcha. Están durmiendo como dos bendito

(Coloca en el balcón una escala de cuerda.) Esto es; anda, Julio, sube.

JULIO. Está echado el albur. Adelante. (Sube. Mientras Julio sube, Fernando cierra con dos vueltas de llave la puerta de la calle, abierta ántes por Blas, y corre azorado hácia la derecha del teatro.)

BLAS. (En el balcón con Julio.) Cárlos está abriendo la caja en el escritorio. En cuanto lleguen los sacos, los irás tú bajando de tres en tres. Fernando los recogerá; yo hago aquí más falta que en la calle. (Desaparece Blas y va de vez en cuando apareciendo cargado de sacos de dinero, de los cuales va haciendo depositario á Julio. Durante este tiempo, que dura algunos segundos, Fernando, que ha hecho señas en la derecha, dice en voz baja sin que el público sepa á quién se dirige.)

FERN. Tiene usted apostada la gente?

VOZ. (Inspector.) Sí, en el jardín y en la porteria del coche-ron. Oh, yo te aseguro que caerán en la emboscada.

FERN. Que no sepan, por Dios, que yo soy el delator. Y para cubrir apariencias me prende usted á mí el primero.

INSP. Naturalmente.

FERN. Ah, y si yo hago como que me voy á escapar, me hace usted fuego, con pólvora sola por supuesto. Yo haré como que estoy muerto ó herido. Verá usted qué buen efecto produce eso. (Óyese un tiro.)

CARLOS. (En el balcón.) Sávese el que pueda! (Suena otro tiro. Baja Blas y es detenido por los Guardias en la calle. Fernando finge huir, dispara sobre él el Inspector. Cae Fernando exhalando una exclamacion. Cae junto á los bastidores. Los Guardas lo envuelven en una capa y lo tienden á los piés de Cárlos, que está atado fuertemente.)

CARLOS. Pobre Fernando!

FERN. (Vamos, me tienen lástima, ménos mal.) (Durante este movimiento Julio, cargado con dos sacos de dinero, aparece en el balcón, y ántes de que pueda bajar por la escala lo detiene Francisco que, á medio vestir, aparece en el balcón.)

JULIO. Si pudiera yo escaparme ..

FRANC. Ladrones! (Mucha voz.)

JULIO. Francisco! Silencio, que soy Julio!

FRANC. El hijo de mi bienhechor! Desgraciado! Tres talegas!
Entre usted conmigo. Yo le salvaré del crimen. No me
lo agradezca usted. Agradézcalo primero á la memoria
bendita de su padre, despues á Dios! (Cae el telon.)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

EL ASESINATO.

Elegante cuarto de dormir. Una mesita cerca del proscenio con restos de una opípara cena. Ropa de señora y flores abandonadas sobre una butaca. En otro punto del teatro un mundo, dos maletas y cajas, como indicacion de un viaje próximo á emprenderse. Cama con colgaduras.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, CÁRLOS y LUISA.

Luisa aparece muellemente reclinada en el lecho; hállase á medio vestir. Sobre la alfombra que hay á los piés de la cama, está el cadáver ensangrentado de un hombre. Julio contempla alternativamente á Luisa y al cadáver. Cárlos está desembalando bultos y guardándose en los bolsillos dinero y algunas alhajas de valor. La escena está alumbrada únicamente por la luz de un quinqué de bomba opaca.

CÁRLOS. Sigue durmiendo, eh?

- JULIO. Luisa, sí.
- CARLOS. Por Luisa pregunto. El otro ya sé yo que no se desper-
tará.
- JULIO. Sin embargo, respiraba hace un minuto.
- CARLOS. Por eso le dí una puñalada más en mitad del corazón.
Anda, que respire ahora.
- JULIO. Y qué haremos ahora?
- CARLOS. No hay qué apurarse por tan poca... La justicia no nos
ha de coger. No me escapé de la cárcel despues del ro-
bo? Lo mismo me escaparé ahora. Qué piensas hacer
con Luisa? La matamos?
- JULIO. No: mi venganza parece satisfecha con la muerte de su
amante.—Míralo, míralo. (Con alegría feroz.)
- CARLOS. Aprovechemos las últimas horas de la noche... Déjate
hacer. Yo no salgo de aquí sin haberme llevado todos
los objetos de valor. Tengo tambien un proyecto se-
guro para sacar de casa ese cadáver sin que quede el
menor rastro. Espérame aquí. Tienes miedo?
- JULIO. No me ofendas. Vete sin cuidado. (Váase Carlos.)

ESCENA II.

JULIO, LUISA.

- JULIO. (Contemplando á Luisa.) Continúa durmiendo. Es claro!
Dejaron tarde el baile y estarían rendidos de cansancio.
Luégo, como el primer sueño es tan profundo... Él, él sí
que duerme profundamente. No anduvo torpe mi mano.
Á la primer puñalada murió. No hizo nada más que un
estremecimiento nervioso, nada más. Sus gritos, sus
exclamaciones hubieran despertado á Luisa, y eso hu-
biera aminorado el placer de mi venganza. Quiero go-
zar con su dolor. Respira con la mayor tranquilidad.
Desdichada! Creía emprender su viaje esta mañana mis-
ma. Todo lo tenía dispuesto! No, su amante no le eco-
nomizaba los placeres; teatros, bailes, fiestas, alhajas,
viajes... Sin embargo, ya ves que esta vida no es más
que un sueño. Adios ilusiones, adios esperanzas... Oh!

Tu despertar será horrible! Tu compañero de viaje ha emprendido el camino ántes que tú, y su escursión será muy larga. Y qué cobarde soy, concediendo á esta mujer unos minutos de reposo. Voy á anticiparme el placer de su sorpresa. (Hace Luisa un movimiento.) Está agitada... Va á despertarse. Ah, no... Es que sin conciencia de lo que hace está buscando una actitud más cómoda. Ea, acabemos de una vez. Luisa? Luisa? (Luisa despierta poco á poco y pronuncia algunas palabras inarticuladas.)

LUISA. Eugenio, bien mio!

JULIO. Está llamando á su amante. Sí, llámalo, pero en voz muy alta, porque de otro modo no podrá oírte.

LUISA. (Espantada al ver á Julio.) Julio! (Creendo aún que sueña.) Dios mio! Julio! (Baja de la cama y pisa el cadáver.) Ay! qué es esto?

JULIO. Un cadáver.

LUISA. El de Eugenio!

JULIO. Eso es, el de tu amante.

LUISA. Y eres tú... tú... el que...

JULIO. El que lo ha asesinado... sí, yo he sido. (Con placer infernal.) Mira el puñal.

LUISA. Oh! (Con horror.)

JULIO. Instrumento de muerte que aún no está saciado. Me está reclamando nuevas víctimas.

LUISA. No me mates, perdon, perdon.

JULIO. Perdon?

LUISA. Sí, Julio.

JULIO. Yo no soy Julio. Julio ha muerto para tí. Tú lo asesinaste hace tiempo. Pobre, abandonado, despreciado de todos... no pudo lograr ni aun tu compasión. Con el semblante cubierto de desprecio apartabas los ojos de la miseria que me rodeaba. Sí, de la miseria. Tu corazón orgulloso no necesitaba amor... Necesitaba perlas, brillantes, trenes, brocados y dinero, sí, dinero... Mucho dinero... Yo no podía proporcionártelo y tu amante... sí. La felicidad, el lujo, la alegría, los placeres eran para tí... y yo en cambio no tenía más que desdichas, pe-

nas, rabia, desesperacion y hambre. Sí, yo he tenido hambre... No pude resignarme á esta situacion... Por qué había de sufrir yo sólo? Por qué yo sólo había de pasar dias y noches entre torturas mayores que las del infierno, cuando un puñal podía darme algunas horas de ventura?—Já, já, já... Mírame, yo tambien me río, tambien soy feliz en presencia de ese cadáver repugnante!

LUISA. Julio, Julio, por Dios, no me mates!

JULIO. Yo hubiera podido asesinarte de un sólo golpe como á ese hombre, que ha sido ménos culpable que tú, péfida! Ignorando la mano que te arrancaba la existencia, sobre ser incompleta mi venganza, tu dolor, tu remordimiento y tu miedo, hubieran sido ménos grandes.

LUISA. Eso significa que vas á herirme? Tendrás valor de matarme, Julio mio? (Julio la coge de un brazo obligando á Luisa á arrodillarse.)

JULIO. Que si voy á matarte? Piensa en Dios un momento.

LUISA. Virgen mia, dame al ménos tiempo para arrepentirme. Qué? No te conmueven mis lágrimas ni mis voces?

JULIO. Nada! (Sacando el puñal.)

LUISA. Pues yo no quiero morir! (Arrojándose sobre el puñal, que arranca de manos de Julio, que estaba desprevénido. Va á levantarse, tira el puñal á la calle y grita.) Socorro! Al asesino!

JULIO. Calla!

LUISA. Que me matan!

JULIO. Vana esperanza! Gritos inútiles! No escaparás á mis manos. (Establécese una lucha terrible entre Julio y Luisa.)

LUISA. Julio, por Dios!

JULIO. Al infierno es á quien debes invocar. En vano te defiendes. La rabia no necesita armas para herir.

VOCES. (Dentro.) Abrid esta puerta.

LUISA. (Con esperanza) Vienen en mi auxilio.

JULIO. Llegarán tarde.

LUISA. La vida... la vida... sálvame... Ay, que me ahogas.

JULIO. Con mi mano y tu propia cabellera. Esa que tantos elogios habrá merecido de tu amante. Esa donde tantas veces habrá puesto sus labios...

- VOCES. Abrid, abrid pronto.
- LUISA. Sálvame y no descubriré tu crimen: ocúltate en el sitio más oscuro de la casa... yo no diré una palabra á la justicia.
- JULIO. Dentro de un instante la estrangulacion acabará con tu palabra.
- LUISA. Virgen mia! (Con voz ahogada) Sálvame... Sál...va... me...
- JULIO. Ya está muerta. Satisface mi venganza. Ahora que echen la puerta abajo. (Óyense golpes violentos. Julio que ha rodeado anteriormente el cuello de Luisa, con la cabellera de la misma, la arrastra hasta unirla al cadáver de Eugenio. En el momento de haberlo conseguido, cae la puerta hecha pedazos.)

ESCENA III.

LUISA, JULIO, la SEÑORA JULIANA, AGENTES DE LA AUTORIDAD, un INSPECTOR, un SERENO y despues MIGUEL. JULIO, al ver el aspecto amenazador de la fuerza pública, empuña uno de los útiles de hierro de la chimenea, con el cual se pone en actitud ofensiva.

- INSP. Quieto todo el mundo. Qué sucede aquí? Recorred todas las habitaciones. Ah! Dos cadáveres.
- GUARDIA. Asesino!
- OTRO. Á él.
- JULIO. Ved que tiendo á mis piés al que se acerque.
- JUL. Qué voz?... Esperad un momento. (Á los Guardias, que con el revolver apuntan á Julio.) No, no me engaño. Es Julio.
- LUISA. (Agonizante.) Julio!
- JUL. Qué! Quién lo nombra?
- JULIO. Aún respiraba.
- JUL. Santa madre de Dios! Luisa aquí... Y en qué estado... Desgraciada! (Con fuerza.) Coged al asesino de mi hija... (Dirigese hácia Julio.)
- JULIO. Ni un sólo paso más.
- JUL. No temo... Hiere, hiéreme... si te atreves... (Julio va á herirla, pero al levantar el brazo le detienen, cogen y atan.)
- JULIO. Ah, soy perdido.

JUL. Eres tú el asesino, verdad? Eres tú el autor de este crimen?

ESCENA IV.

DICHOS y MIGUEL.

MIGUEL. Tiene un cómplice, éste. (Presenta á Carlos, á quien tiene fuertemente cogido.)

Todos. Ah!

MIGUEL. (Á Julio.) Desde aquí al patíbulo no queda más que un paso! (Telon rápido.)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SEXTO.

EL CADALSO.

Comedor de un restaurant. Puertas laterales en primer término. En el foro una gran puerta que da á una calle. Dos grandes ventanas en el foro tambien. Una á derecha y otra á izquierda de la puerta del foro. Forillo de plaza. En la escena mesas y mueblaje de restaurant.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL, JOSÉ y algunos criados sirviendo á algunos concurrentes.

Los camareros entran vajilla y algunas viandas en el cuarto de la izquierda.

MANUEL. De prisa, de prisa, que los novios estarán ya saliendo de la iglesia.

JOSE. Pueden venir cuando gusten. La mesa ya está puesta.

MANUEL. Hay que poner muchas aceitunas, muchos pepinillos, y sobre todo, muchas rajitas de salchichon. Estas gentes que desde la nada se elevan hasta la posesion de una fortuna, se pagan mucho de estas cosas.

- JOSE. Efectivamente. Los cursis se pirran por los pepinillos. Y los novios de hoy son muy ricos, pero más cursis...
- MANUEL. Tú los conoces, eh?
- JOSE. Ya lo creo. Buena boda hace el novio! Él se lo merece todo, por supuesto. Francisco es un gran muchacho.
- MANUEL. De todos modos, es mucha boda para él.
- JOSE. Cá.
- MANUEL. Cómo cá?
- JOSE. Francisco, repito, se lo merece todo. Yo nada encuentro de particular en que un escribano con muchos millones, dé la mano de su hija á un hombre de bien como Francisco.
- MANUEL. Pero es hijo de padres desconocidos.
- JOSE. Él vive con su madre.
- MANUEL. Esa vieja no es nada suyo.
- JOSE. Tiene ademas un gran amigo.
- MANUEL. Don Miguel el misterioso... Valiente tipo! Siempre vestido de negro. Parece un empleado de la Funeraria.
- JOSE. Bah! bah! no murmuremos de quien no lo merece. Ese matrimonio es muy natural. Francisco es un industrial de mucha importancia. Recientemente ha sido premiado en una exposicion!... Tiene dos ó tres cruces, y en fin, es todo un hombre.
- MANUEL. Buena propina te daría si lo oyera!
- JOSE. Dejémonos de tonterías. (Ruido de gente dentro.) Ya está aquí la boda, andando.
- MANUEL. Á su puesto cada cual.

ESCENA II.

DICHOS, la SEÑORA JULIANA, FRANCISCO. La desposada, su padre y todo un acompañamiento de boda.

- FRANC. Gracias á Dios, veo realizados todos mis votos. Mi esposa, su familia, mis amigos... Oh! El cielo ha pagado con usura mis escasos merecimientos. Soy el más feliz de los hombres, y lo único que siento es que no lo sea también la señora Juliana. (Pobrecilla!) Querido padre,

quiere usted hacer los honores del almuerzo? Yo quisiera hablar á solas un momento con la señora Juliana.

UNO. Con mucho gusto.

FRANC. Señores, tengan ustedes la bondad de pasar al comedor.

UNO. Vamos, vamos.

FRANC. Hasta luégo, querida. (Á su esposo.)

ESCENA III.

FRANCISCO y la SEÑORA JULIANA.

FRANC. Vamos, vamos... Á qué vienen esas lágrimas?

JUL. Qué quieres que haga?

FRANC. Alegrarse de mi felicidad.

JUL. Si me alegro mucho, pero no puedo sujetar el pensamiento. No olvidarme de aquella desgraciada muerte en la flor de su vida.

FRANC. Ya usted y yo la perdonamos, y Dios, que es la bondad suma, habrá hecho lo mismo. Esté usted segura de ello.

JUL. Así lo creo. Durante la ceremonia de tu casamiento dos cosas únicamente ocupaban mi imaginacion. Tu felicidad y la esperanza de que Dios habrá tenido misericordia de aquella desdichada.

FRANC. Vamos, en revancha de esas penas, es preciso que hoy no piense usted ya más que en distraerse y en divertirse. Y en pensar en mí por supuesto, que mucho lo necesito.

JUL. Tú, tan bueno, tan virtuoso. Basta con tu conducta, tu laboriosidad y tu honradez, para que Dios se acuerde de ti. Tú no necesitas intercesores.

FRANC. Vaya, déme usted la mano, pasemos al comedor.

JUL. Eso es lo que yo no quisiera. Mal sentará mi tristeza entre tanta alegría. Yo quisiera con cualquier pretexto volver á casa y encerrarme á solas con mis pensamientos. Quisiera estar aislada todo el día.

FRANC. Por qué?

JUL. Porque... porque... Yo no quisiera decírtelo hoy. Se trata de Luisa... en fin, me callo.

- FRANC. De Luisa? Qué puede acontecer despues de su muerte?
- JUL. Más tarde lo sabrás.
- FRANC.] Yo desearía saberlo ahora. Y si usted no me lo dice en este instante, supondré que busca un pretexto cualquiera para dejarme solo... porque le laburre mi compañía.
- JUL. Eso no. Tienes formada tan mala idea de mí? Es que no quería afligirte... quería guardar las penas para mí sola. Oye y estremécete. Yo he visto á Julio.
- FRANC. Julio está en Madrid?
- JUL. Julio logró evadirse de la cárcel...
- FRANC. Desde donde hubiera salido para el patíbulo. Lo sé.
- JUL. Pasó á los Estados-Unidos y ha regresado á Madrid con nombre supuesto.
- FRANC. Qué me dice usted!
- JUL. Lo han visto mis ojos. Más aún... Lo han visto gentes pagadas por mí rondar nuestra calle, y la verdad, temo que Julio, avezado y encenagado ya en el crimen, quiera atentar á tu vida.
- FRANC. Qué le he hecho?
- JUL. Qué hacen las víctimas á los asesinos? Nada. [Yo quería ocultarte la venida de ese hombre para no alterar tu tranquilidad.
- FRANC. Más vale que me lo haya usted dicho. En buena ocasion está en Madrid. En dia bien aciago.
- JUL. Es hoy dia aciago?
- FRANC. Hoy va á morir un criminal en el cadalso. Un gran criminal. Un amigo de Julio.
- JUL. Sí?
- FRANC. Su compañero Cárlos, que acabó por ser el asesino más miserable de la tierra.
- JUL. Dios tenga piedad de él. Ahora sí que] te pido que me dejes marchar á casa. Antes de entrar en ella entraré en la iglesia á pedir al cielo por el ajusticiado.
- FRANC. Pero los convidados qué dirán?
- JUL. Tú me disculparás con ellos. No te opongas á mi voluntad. (Váse.)

ESCENA III.

FRANCISCO y en seguida el PROCURADOR y su AMIGO.

FRANC. Cuánta contrariedad en el día más dichoso de mi existencia. (Siéntase en una silla. Salen el Procurador y su Amigo.)

PROC. Mozo, mozo? (Da dos palmadas.)

FRANC. (Terrible mano la de la Providencia. El día que yo llevo al apogeo de mi felicidad, la justicia humana quita la vida á un hombre; ese hombre es amigo y cómplice de Julio, de Julio, el hijo de mi bienhechor. De aquel hombre honrado, base de mi felicidad.)

PROC. (Al mozo.) Traiga usted la lista y acabaré de elegir. Dígame usted, está vacío ese gabinete? (El de la derecha.)

JOSE. Sí señor.

PROC. En ese caso almorzaremos ahí. Tiene vistas á la calle el gabinete?

JOSE. No señor. (Váse José.)

PROC. Me alegro.

AMIGO. Por qué?

PROC. Porque así no veremos cuándo pasa el reo.

AMIGO. Es verdad!

PROC. Pícaras costumbres! En habiendo ejecucion parece Madrid un jubileo! Cómo están de gentes esas calles!

AMIGO. Ya, ya!

PROC. Vamos á almorzar tranquilamente.

AMIGO. Has intervenido tú como procurador en el sumario de ese crimen?

PROC. Sí. Y conozco al reo. Es hijo de buena familia, pero ha salido un pillo. Tiene un cómplice que ha logrado fugar. Un tal Julio. (Francisco oye con interés.) Más bribon veinte veces que el que va á morir. Mal lo pasaría si lo cogiese la justicia... Y si lo cogiera yo también.

AMIGO. Tú lo conoces?

PROC. De haberme estafado mil veces. Y estuvo á punto de perderme ántes de su evasión; me escribió el tuno una carta que pudo comprometerme. Y me las ha jurado...

Ah! como yo pudiera hacer que le pescáran... En fin, vamos á almorzar hablando de cosas más alegres. (Entran en el gabinete.)

ESCENA IV.

FRANCISCO y en seguida MIGUEL y JOSÉ.

FRANC. ¡Qué día de emociones!

JOSE. Señor, van á servir el almuerzo y la señora ha preguntado ya dos veces por usted.

FRANC. Voy en seguida. (Cúmplase la voluntad de Dios!)

MIGUEL. Espera un poco, Francisco.

FRANC. Don Miguel! Cómo tan tarde?

MIGUEL. Me ha retenido un asunto, cuya solucion no ha de pe-
sarte.

FRANC. De veras?

MIGUEL. Dios me ha elegido para ser instrumento, por cuya ma-
no se complete tu alegría.

FRANC. Dígame usted de lo que se trata.

MIGUEL. No lo sabrás hasta los postres del almuerzo.

FRANC. Qué triste es esperar la felicidad.

MIGUEL. Más triste es esperar la muerte.

FRANC. Es verdad.

MIGUEL. Reúnete al acompañamiento. Yo entraré en cuanto pa-
sen unos instantes.

FRANC. Sí, porque mi mujer debe estar ya impaciente. (Vase.
Miguel se sienta pensativo junto á una mesa del proscenio de
frente al público. Julio, mal vestido, con un gaban malo y un
sombrero viejo, mal calzado, peor peinado y con la barba des-
cuidada, entra azorado en el restaurant, mira á todas partes y al
fin se sienta á una mesa.)

ESCENA V.

JULIO y MIGUEL.

JULIO. Me falta el valor. Creo que todos los ojos se fijan en mí.
Quién será aquel desconocido?

MIGUEL. Ahí está. Sabe que Francisco está en la fonda y aquí viene el infame con la idea de consumir el crimen. Atentar á Francisco!

JULIO. Si Francisco no me salva de esta situación, si no me da una fortuna para vivir fuera de España, lo asesino. Quiero que me vea, que se amedrente, que me tema—y me tendrá miedo, sí.—Todos los ricos son cobardes!

MIGUEL. Qué estará discurriendo?

JULIO. Si no me dejan entrar en la sala donde estén comiendo, lo mato en cuanto salga. (Dirigese á la puerta de la izquierda.)

MIGUEL. Es capaz de todo.

JULIO. Lo dicho, dicho está.

MIGUEL. Adónde va usted. (Interponiéndose.)

JULIO. Y á usted que le impor... Miguel!

MIGUEL. Miguel, que viene por última vez á tu presencia.

JULIO. Por última vez... Eso es que va usted á entregarme á los tribunales?

MIGUEL. Desde cuándo he dado á nadie el derecho de suponerme delator?

JULIO. Es que si lo intentara usted.. (Saca una pistola.)

MIGUEL. Tira, miserable, tira. Qué es para tí un crimen más? De todos modos has de morir en un patíbulo como... como... (Óyense las campanillas de la Paz y Caridad y los cantos religiosos que acompañan á los reos.) ese, como Carlos, tu camarada y cómplice.

JULIO. Es Carlos ese reo?

MIGUEL. Sí, Carlos, á quien ayudaste en el asesinato que lo lleva á ese patíbulo afrentoso.

JULIO. Dios mío! No me descubra usted!

MIGUEL. Una palabra mia...

JULIO. Me daría la muerte. Lo sé.

MIGUEL. Yo no me atreveré á pronunciarla. (El procurador al oír las voces asoma la cabeza.)

ESCENA VI.

DICHOS y el PROCURADOR.

PROC. Pero yo sí.

MIGUEL y JULIO. Quién?

JULIO. Ah! estoy perdido! Muere! (Le apunta.)

MIGUEL. Eso no. (Deteniéndole el brazo.)

PROC. Cobarde!

JULIO. Esta pistola me libraré de usted.

PROC. Pero no del cadalso.

JULIO. Del cadalso? Sí, me libraré del cadalso.

MIGUEL. De qué modo?

JULIO. De este. (Dispara y se suicida.)

MIGUEL y PROCURADOR. Ah!

MIGUEL. Ved el término de los criminales. El patíbulo ó el suicidio. Dios tenga piedad de tí! (Salen todos los de la boda, gente del pueblo, guardias, etc., etc.)

ESCENA ÚLTIMA.

FRANCISCO, MIGUEL.

FRANC. Don Miguel, qué ocurre?

MIGUEL. Mira el cadáver de Julio.

FRANC. Julio! Desgraciado! Yo no me alegro de su muerte. La señora Juliana me indicó que Julio me perseguía. Yo no le tenía miedo. Era esa la felicidad que me tenía usted reservada...

MIGUEL. Triste felicidad sería la que brotara de un cadáver! La felicidad que te reservo es decirte: soy tu padre.

FRANC. Padre mio!

MIGUEL. En esta cartera se hallan los justificantes! (Abrázanse.)

FRANC. Oh felicidad suprema! (Campanillas y rezos fuera. Todos se arrojan.)

MIGUEL. Este es el premio de la virtud. (Abraza á su hijo.) Aquel
el del crimen. Tomad ejemplo. Y ahora pidamos á Dios
por el alma del hombre á quien van á ajusticiar. (Cuadro.
Todos de rodillas; por el foro atraviesa la comitiva de un reo.)
(Cae el telon.)

FIN DEL MELODRAMA.



